

VII Domingo Tiempo Ordinario

Levítico 19, 1-2.17-18; Corintios 3, 16-23; Mateo 5, 38-48

«Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen»

20 Febrero 2011 P. Carlos Padilla Esteban

“¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?”

Dios creó un mundo en armonía, un mundo a su imagen y semejanza. Dios creó al hombre sin pecado, en paz, y construyó con su alma un templo lleno de su Espíritu. Sin embargo, al ver cómo está el mundo de hoy, nuestro corazón se inquieta y puede llegar a pensar: *“El mundo está mal hecho. ¿Quién lo imaginaría así si, antes de entrar en él, le dijeran que lo ha confeccionado una voluntad omnipotente y bondadosa? Una inteligencia mediana podría mejorarlo”*¹. Nos cuesta aceptar el mundo tal y como es, con sus límites, con su falta de paz. Un mundo en guerra, un mundo en el que Dios no logra descansar. Miramos a nuestro alrededor y corremos el riesgo de ver sólo lo malo, las desgracias, las guerras o las muertes inocentes. Miramos las noticias y nos quedamos sobrecogidos pensando: *“Vivo en una burbuja”*. Vivimos en un mundo errático, sin rumbo claro. La situación de muchos países es terrible y muy dolorosa. Miramos al hombre y no encontramos la paz en su rostro, esa paz con la que fue creado; nos cuesta ver en él un templo lleno del Espíritu, un templo en el que se refleje la vida de Dios. **¿Qué sentido tienen tanto sufrimiento y tanta muerte? ¿Por qué Dios permite la injusticia? ¿Dónde está el amor de Dios? No hay armonía en el corazón del hombre, porque en él no reina Dios; porque vivimos apegados al mundo y nos dejamos llevar por la corriente.**

No obstante, S. Pablo nos recuerda que ESTAMOS LLAMADOS A SER TEMPLOS DE DEL ESPÍRITU SANTO: *“¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es santo: ese templo sois vosotros. Que nadie se engañe. Si alguno de vosotros se cree sabio en este mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios, como está escrito: «Él caza a los sabios en su astucia.» Y también: «El Señor penetra los pensamientos de los sabios y conoce que son vanos.» Así, pues, que nadie se gloríe en los hombres, pues todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro. Todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios”*. Corintios 3, 16-23. Así quiere ser nuestro corazón, un corazón lleno del Espíritu, un corazón que le pertenezca a Cristo por entero. Nos atrae mucho la sabiduría de los hombres y valoramos los talentos humanos. Nos atrae la gente brillante, que destaca por su sabiduría humana y su elocuencia. Nos fascinan los títulos y los logros. La necedad la despreciamos. Y nos vamos vaciando del Espíritu, llenando del mundo y no dejando que reine Dios en nosotros. Es necesario hacer nuestras las palabras de **S. Agustín:** *“Tal es nuestra vida: ejercitarnos en el deseo. Ahora bien, este santo deseo está en proporción directa de nuestro desasimiento de los deseos que suscita el amor del mundo. Ya hemos dicho, en otra parte, que un recipiente, para ser llenado, tiene que estar vacío”*. **¿Estamos dispuestos a vaciarnos para dejarnos llenar por Dios?**

LA CRISIS QUE VIVIMOS HOY AFECTA A TODOS LOS ÁMBITOS DE NUESTRA VIDA Y AFECTA TAMBIÉN A LA IGLESIA. Peter Seewald, en su entrevista a Benedicto XVI, le preguntaba: *“¿No podría la crisis actual convertirse en una nueva oportunidad para la Iglesia?”* Y el Papa le

¹ Javier Gomá Lanzón, Artículo “Ver a Dios”, 24/12/2010

respondió: *“Saber acerca de los peligros y de la destrucción del entramado moral de nuestra sociedad debería ser para nosotros un llamamiento a la purificación. Un llamamiento a reconocer nuevamente los valores que nos sostienen. No debemos vivir simplemente en la arbitrariedad. La libertad no puede ser arbitrariedad. Hay que aprender una libertad que sea responsabilidad”*².

Ante la crisis moral que nos rodea y ante las dificultades para unir fe y vida, puede surgir el desánimo en el alma. El Papa, sin embargo, nos habla de la necesidad de purificar el corazón. Siempre hay una nueva oportunidad. Siempre es posible volver a empezar. A veces se nos olvida y caemos en el desaliento. El **P. Kentenich, por su parte**, al reflexionar sobre el mundo, nos recuerda algo esencial: *“Si pretendemos detener el torrente de inmoralidad que amenaza minar los fundamentos mismos del orden público, de la ética familiar, de la educación, de la fe y de la vida eclesial, hay un solo dique que promete salvación: nuestra santidad. Lo que nuestros tiempos necesitan ante todo son santos nuevos y convincentes que arrastren. Si no santos, hombres nuevos, hombres íntegros, cristiano, nuevos, cristianos auténticos, interiormente perfectos”*³. Hacen falta hombres enamorados, hombres capaces de soñar y dar la vida. Hombres que hayan sido purificados en el dolor y en la penitencia. Hombres conscientes de su debilidad, capaces de levantarse después de cada caída. Hombres fieles que reflejen con su entrega la fidelidad de Dios. Hombres que construyan puentes y molinos de viento, para aprovechar con audacia la fuerza del aire. Hombres que logren unir, en lugar de crear división con sus palabras y sus miedos. **Hombres capaces de ver la bondad en el que ofende y el amor en el que nos odia.**

Sí, parece ser que SÓLO LA SANTIDAD PUEDE FRENAR LA FUERZA DE LAS OLAS que amenazan con arrasarlo todo. Siempre los grandes santos han sido hombres pequeños, que han sostenido con sus manos los cimientos de la Iglesia. Parecían insignificantes al lado del poder del mal, de la fuerza del pecado o del poder destructivo del odio. Parecían insuficientes sus fuerzas para detener los torrentes de destrucción que amenazaban el mundo. Sin embargo, en medio de la tempestad, se alzaban como faros luminosos. No lo hacían con sus propias fuerzas, porque sabían cuál era su debilidad. Así lo expresan las palabras que hoy escuchamos, sólo es posible con la fuerza de Dios: *“El Señor habló a Moisés: «Habla a la asamblea de los hijos de Israel y diles: "Seréis santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo". Sí, así es, seremos santos, pero no cuando gracias a nuestro esfuerzo ralleemos en la perfección. No cuando gracias a nuestra lucha logremos eliminar del alma toda mancha de pecado. Seremos santos, no cuando nos presentemos inmaculados ante Dios, libres de todo pecado. Seremos santos, pero no cuando sintamos que todo el mundo está feliz y contento con nosotros y pensemos, en nuestro corazón vanidoso, que con nuestra vida comienza todo de nuevo. No cuando vivamos en perfecta armonía y la paz reine con toda su fuerza en nuestro corazón. No cuando vivamos pagados de nosotros mismos, satisfechos con nuestra vida, felices de ser tan buenos. No, no será así. Porque realmente sólo seremos santos gracias a que Dios es santo. Porque Él sí es inmaculado y perfecto; es capaz de todo, todo lo tiene en su mano; Él todo lo puede, porque para Él nada es imposible. Seremos santos porque Él nos levantará sobre las cenizas de nuestra pobreza. Removerá nuestros cimientos. Reconstruirá nuestras torres caídas. Se alzarán fuertes en nuestro interior para renovarnos y hacernos de nuevo.*

EL SERMÓN DE LA MONTAÑA ES UNA VERDADERA ESCUELA DE SANTIDAD. Llevamos meditando varios domingos sobre las palabras de Jesús. Dice Benedicto XVI: *“Jesús no hace nada inaudito o totalmente nuevo cuando contrapone las normas casuísticas prácticas desarrolladas en la Torá a la pura voluntad de Dios como la “mayor justicia” (Mt 5, 20) que cabe esperar de los hijos de Dios. En las antítesis del Sermón de la Montaña, Jesús se nos presenta no como un rebelde ni como un liberal, sino como el intérprete profético de la Torá, que Él no*

² Benedicto XVI, “Luz del mundo”, 54

³ J. Kentenich, “Carta a los jefes de la Federación”, 1919

suprime, sino que le da cumplimiento"⁴. Jesús no pretende un cambio externo del hombre. Hace poco leía algo muy cierto: *"Mi sueño no es destruir el sistema político vigente para reconstruirlo. No creo en cambios de fuera hacia dentro. Creo en un cambio pacífico desde dentro hacia fuera, un cambio en la capacidad de pensar, de percibir, de criticar. Mi sueño está dentro del ser humano"*⁵. Ese mismo sueño es el que vio Cristo en el hombre cuando le habla desde la montaña, cuando proclama este programa de vida que tiene que calar el corazón. La verdadera revolución empieza en el interior de cada hombre, cuando se deja cambiar por Dios. A aquellos que le quieran seguir a Él, ya no les valdrá con ser fieles a las normas y contentarse con los mínimos. A los que estén dispuestos a aprender en su escuela de vida y seguir sus pasos, sólo les valdrá darlo todo y empezar siempre de nuevo, aceptar la debilidad y dejarse llenar de la fuerza del Espíritu. Jesús no quita nada, al contrario, da plenitud a todo. Pensaba el otro día que *"plenificar"* y dar plenitud es lo que soñamos para nuestra vida. Somos conscientes de los límites del hombre. Vivimos cargados de insatisfacciones. **No logramos llenar el alma que es insondable. No calmamos la sed de infinito con un agua finita. Por eso volvemos hoy la mirada hacia Dios.**

LAS LECTURAS DE HOY NOS HABLAN DE LA NECESIDAD DE CAMBIAR EL CORAZÓN: *"No odiarás de corazón a tu hermano. Reprenderás a tu pariente, para que no cargues tú con su pecado. No te vengarás ni guardarás rencor a tus parientes, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor"*». Levítico 19, 1-2.17-18. Y el salmo nos recuerda cómo es el corazón de Dios, ese corazón que ha de formar el nuestro: *"El Señor es compasivo y misericordioso. Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura. El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia; no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas. Como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles"*. Sal 102,1-2.3-4.8 y 10. 12-13. Quisiéramos tener un corazón como el de Dios, misericordioso y compasivo, lento a la ira y rico en piedad, capaz de amar al prójimo como a uno mismo. Un corazón así nos parece inalcanzable. El corazón de Dios nos quiere devolver la capacidad de amar bien, de amar como Dios nos ama. El corazón de Dios nos habla de la misericordia, que tantas veces olvidamos al no perdonar, al guardar rencor en el corazón, al juzgar con rigidez cuando nos ofenden. Nuestro corazón no es compasivo, porque encuentra que la compasión es expresión de una debilidad. Nos cuesta perdonar porque nuestro orgullo e imagen nos parecen más importantes. Nos cuesta abajarnos para abrazar, porque pensamos que estamos aquí para educar y castigar con nuestras normas aprendidas, no para consentir. No toleramos los errores de los demás, porque pensamos que si así lo hiciéramos, los maleducaríamos. No abrazamos con misericordia porque, nos parece que estamos consintiendo y aprobando el pecado del prójimo. **Nuestro corazón está lejos del ideal y no sabe querer de la misma forma como Dios nos ama.**

JESÚS NOS PRESENTA UNA NUEVA FORMA DE VIVIR Y DE AMAR: *«Habéis oído que se dijo: "Ojo por ojo, diente por diente."* Yo, en cambio, os digo: *No hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también la capa; a quien te requiera para caminar una milla, acompáñale dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas"*. ¡Y nosotros que practicamos con tanta frecuencia el *"ojo por ojo"*! Jesús nos habla de un amor más grande, de un amor que no se resiste al mal, que da más de lo que le piden, que siempre ve el bien en los que le rodean. Nos parece un amor inalcanzable. Porque estamos acostumbrados a dar cuando nos dan y a amar cuando nos aman, nunca antes. Pero Jesús

⁴ Benedicto XVI, "Jesús de Nazaret", 159

⁵ Augusto Cury, "El vendedor de sueños", 230

tiene razón: “Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.» Es la perfección de Dios la que se nos regala. No es la perfección que nos pesa como una losa. Es la gracia de Dios, porque lo puede todo. Dios sí es perfecto y puede hacer que nuestro corazón venza sus propias barreras. Decía el **P. Kentenich**: “Tenemos que educarnos a nosotros mismos para ver lo valioso, lo positivo, antes que estar colocando siempre en primer plano lo que no me gusta. Es un arte superar en nosotros al escarabajo estercolero y cultivar en nosotros la abeja”⁶. Tendemos a ver sólo los defectos, a quedarnos en lo malo, en lo que todavía falta. El amor verdadero admira y enaltece. **Si lográramos ver lo bueno de cada uno aprenderíamos a disfrutar más de la vida y de las personas.**

Benedicto XVI nos presenta a MARÍA COMO LA EDUCADORA Y EL MODELO EN NUESTRA VIDA en la encíclica “*Deus Caritas est*”: “No ponerse a sí misma en el centro, sino dejar espacio a Dios, a quien encuentra tanto en la oración como en el servicio al prójimo. Sólo entonces el mundo se hace bueno. Sabe que contribuye a la salvación del mundo no con una obra suya, sino sólo poniéndose a disposición de la iniciativa de Dios”. María refleja un programa de vida, un camino a realizar. María es la Madre pobre y humilde, paciente y pacífica. Ella se hace niña dócil a Dios y camina en su voluntad. María nos puede enseñar a amar y a vivir como Ella. No son nuestras obras las que logran cambiar el mundo. Si nos dejamos hacer, Dios hace milagros. El otro día leía: “No podemos lograr que alguien nos ame, sólo podemos amar y dejarnos amar”. Y nosotros queremos que nos amen antes de poner en prenda nuestro propio corazón. Nos da miedo amar sin recibir nada a cambio. Nos cuesta arriesgar. Sin embargo, el camino pasa por dar los pasos que **S. Bernardo nos muestra**: “Y además, lo primero que hace el justo al hablar es acusarse a sí mismo: y así, lo que debe hacer en segundo lugar es ensalzar a Dios, y en tercer lugar, edificar al prójimo”. En primer lugar, un corazón humilde que se reconoce pequeño y ve los propios errores. Lo segundo, un corazón que da gloria a Dios por lo que Él hace en su vida. Y lo tercero, un corazón que edifica con su vida al prójimo, construye y nunca destruye con la crítica. María refleja esa actitud en el Magníficat. **Reconoce su pequeñez, da gloria a Dios por sus maravillas y edifica con su testimonio.**

Jesús, entonces, da un paso más y NOS PLANTEA ALGO TOTALMENTE CONTRARIO A LO QUE EL CORAZÓN DESEA: AMAR A NUESTROS ENEMIGOS: “Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”. Yo, en cambio, os digo: Amad a vuestros enemigos, y rezad por los que os persiguen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos”. Mateo 5, 38-48. Para el cristiano ya no hay enemigos. El otro día me contaba una persona que había ido de misiones a un pueblo y que, al entrar en una casa, le dijeron: “Lo siento, nosotros somos de los contrarios”. Él le dijo: “La verdad es que nosotros no tenemos contrarios”. Los cristianos no deberíamos tener contrarios, es cierto, porque seguir a Cristo, a quien odiaron y crucificaron, nos muestra un camino diferente. El corazón de Cristo no conoce enemigos. No obstante, si somos sinceros y miramos nuestro corazón, encontramos que hay personas que no nos quieren y hay otros a los que no queremos, porque nos ofendieron alguna vez, porque no nos aman bien, porque nos tuvieron envidia o nos cerraron la puerta de su vida, porque piensan de forma diferente. Ésos son los enemigos que viven en el alma y que nos quitan la paz. Nos gustaría pensar que no existe nadie que nos cueste, nadie a quien no sepamos amar o con quien no estemos dispuestos a compartir ni un rato de nuestra vida. No es así, todos tenemos algún “enemigo”, alguien que no nos quiere tanto como nos gustaría. Por eso las palabras de Jesús nos siguen pareciendo imposibles y nos chocan en este mundo que vive en tensión. Amar a los enemigos y rezar

⁶ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, H. King, 215

por los que nos persiguen, violenta el propio corazón. Esta petición de Dios nos parece inalcanzable. Jesús nos pide tres actitudes frente a aquellos que nos han ofendido: amarlos, perdonarlos y rezar por ellos. Amar significa querer el bien de la persona amada. Amar al que nos odia y persigue, quiere decir desearle el bien y no desear su mal, no querer la venganza. Por eso es fundamental dar un paso previo y perdonar en el corazón. El rencor y los deseos de venganza nos acaban destruyendo y nos vacían. Amar y perdonar van unidos. Perdonar a los que nos ofenden y olvidar el rencor es una gracia de Dios en nuestro corazón, porque, humanamente, nos parece imposible. Guardamos rencor y tenemos muy buena memoria para las ofensas. Por último, el tercer paso que se nos pide es rezar por los que no nos quieren. Esa oración nos purifica y es un bien para aquel que no nos ama. **Hoy ponemos en manos de Dios a nuestros “enemigos” y le suplicamos a Dios que purifique nuestro corazón para hacerlo capaz de lo imposible.**

LA CRUZ, LA ENFERMEDAD, LAS DIFICULTADES, VAN PURIFICANDO Y TRANSFORMANDO NUESTRO CORAZÓN. Hace unos días falleció **Sole Pérez de Ayala** después de una larga enfermedad. Su testimonio hoy nos ilumina y nos llena de esperanza: *“En realidad, le buscaba sólo a Él, a Cristo. Empecé a decirle que quería ser toda suya, y sólo suya. No del mundo, no de la vanidad. Esto es fácil de desear, pero difícil de llevar a cabo porque el mundo te arrastra. Pero a través de la enfermedad, que me obligó a renunciar a tantas cosas –mi imagen, mi trabajo, mis fuerzas– me fui haciendo más a Él. A medida que yo renunciaba a alguna criatura, Él se hacía más fuerte en mi corazón”*. Estas palabras reflejan una forma de vivir que cuesta hoy encontrar. La paz en la enfermedad, en la cruz, es un don de Dios que nos hace vivir todo de forma diferente, con esperanza. Hace poco una persona me decía: *“Es verdad que a pesar de este tiempo tan duro que llevamos, tengo paz. Esa paz que tanto tiempo he buscado, la he encontrado hace tiempo en el Santuario”*. María nos enseña a caminar con paz. Ella da a luz a Cristo en nuestro corazón para que Él venza, para que purifique nuestro corazón enfermo y dependiente. El P. Kentenich decía: *“Ésta es la grandeza del hombre libre, entregarse en y con Cristo, a la voluntad amante del Padre”*⁷. Entregarnos en y con Cristo. Suena bien cuando lo escuchamos, cuando nuestros labios lo repiten, pero no son los labios, es el corazón el que tiene que escribirlo a sangre y fuego. Y añade el **P. Kentenich**: *“Las dificultades están para superarlas. Ellas dan una ocasión propicia para aclarar la mente, fortalecer el carácter, conservar la fidelidad y crecer hacia las alturas”*⁸. Es el camino que Dios quiere regalarnos para que nos hagamos fuertes, para que **Él pueda vencer definitivamente en nuestra torpeza, en la tierra pobre que tenemos en el corazón.**

Esta escuela de vida nos muestra que tenemos una misión muy concreta: LLEVAR AL MUNDO UNA FORMA NUEVA DE AMAR, DE ENTENDER LAS RELACIONES Y DE VIVIR A CRISTO. En la misa de acción de gracias por la constitución de la nueva Comunidad **Iesu Communio**, el obispo de Burgos describía así la misión de estas monjas contemplativas: *“Salir al encuentro de los hombres y mujeres de nuestro tiempo que, en ocasiones, sin saberlo, buscan a Jesús”*. Es necesario hacer llegar a todos un mensaje que hoy sigue pareciendo incomprensible. El amor de Dios sólo actúa en el mundo a través de aquellos que han aprendido a amar como Él nos ama. Tenemos que dejar, para ello, que Dios haga su obra. Él puede hacer en nosotros su obra de arte. **Pablo Domínguez**, sacerdote de Madrid que falleció hace dos años, decía: *“En nuestra vida lo más importante no es lo que hagamos, sino lo que dejamos que Dios haga en nosotros”*. ¡Cuánto cuesta dejarnos hacer por Dios! ¡Cuánto nos cuesta dejar hacer a Dios! Nos resistimos. Sólo el amor de Dios nos capacita para una forma distinta de amar. El deseo de un amor más grande va ensanchando el alma. Es necesario, eso sí, vaciarla de apegos y amores egoístas. **Así podremos abrirnos a la gracia y lograr que Dios llene el corazón cuando se vacíe de todo lo que le sobra.**

⁷ J. Kentenich, “Nova Creatura in Jesu et Maria”, 106

⁸ J. Kentenich, “Textos pedagógicos”, H. King, 187